

## Por el ocio, hacia la vocación

Luis Enrique Hernández González

Animador de Cáritas Rural de La Rioja. Miembro del Instituto E. Mounier

### El ocio, un oasis de lo cotidiano

La inmensa mayoría de los ciudadanos de «a pie», salvo afortunadas excepciones, nos ganamos la vida en lo que podemos, no tanto en lo que queremos, y tras arduas horas de ocupación laboral, no demasiado alentadoras, ni motivadoras, (espero que al menos no esclavizadoras) dedicamos nuestro tiempo libre, lo que da en llamarse ocio, a hacer lo que realmente nos gusta, lo que queremos, incluso aquello a lo que nos hubiese gustado dedicar nuestra vida, si no hubiese sido porque no era rentable, porque lo descubrí después de terminar la carrera, porque no he encontrado quien me contrate para ello...

Existen personas, que en un momento de lucidez y clarividencia en sus vidas, entienden tan nítidamente el motivo por el cual han venido a este mundo que les resulta insoportable seguir manteniendo el tipo de existencia que llevaban hasta ese momento, e independientemente de las posibilidades de subsistencia que les ofrezca ese nuevo planteamiento, lo abandonan todo y haciendo borrón y cuenta nueva, se entregan en cuerpo y alma a la nueva vocación descubierta. Este tipo de personas, responde probablemente a ese grupo selecto de seres humanos, tan escasos como imprescindibles en toda época, que quienes han tenido la suerte de entrar en contacto con ellos se han visto marcados para siempre con un punto de referencia fundamental en sus vidas.

También encontramos personas, que con el transcurrir de los años, es tal el interés y la inten-

sidad que dedican a su actividad extralaboral, que acaban reconvirtiendo su ocio en una profesión.

Por otra parte, hay quienes en un planteamiento objetivo y consciente de su propia vida, asumen dedicar gran parte de su existencia a actividades de todo tipo, como si de un ritual cotidiano se tratase, en talleres, grandes almacenes, oficinas, universidad... que les garanticen una subsistencia suficiente, y, justamente, al término de su frenética actividad remunerada, se enfrasan en un cúmulo de actividades que realmente les interesan, que les permiten disfrutar de la vida, les posibilitan poner en práctica muchas de sus habilidades y capacidades ocultas, y que les facilitan una mayor realización como personas.

Vista así la cosa, el ocio y tiempo libre supone para un gran número de personas, una oportunidad única de realización personal en sus vidas, que de verse reducidas al estricto ámbito del espacio laboral, resultarían empobrecidas y frustradas. Supone un cauce privilegiado para desarrollar capacidades, sentimientos, actitudes... necesidades humanas sentidas profundamente, que entroncan directamente con el ser más profundo, con la llamada existencial de cada uno... con la vocación.

### Distintas formas de entender el ocio

No todo el mundo entiende lo mismo por ocio. Si bien, el abanico de posibles significados hacen referencia a: tiempo libre, espacio de entreteni-

miento, lúdico, no sometido a reglamento, diversión... lo más peligroso de este término quizá sea el trasvase negativo, en su sentido, que ha sufrido históricamente a partir de la ociosidad. La ociosidad, asociada al pecado capital de la pereza, ha sido tradicionalmente la causante de todo vicio y, por su oposición al trabajo, una lacra difícil de tolerar por la sociedad.

Sin embargo, ya Aristóteles señalaba al ocio como «principio de todas las cosas» por permitir al hombre lograr su fin supremo: la felicidad. El ocio del que habla Aristóteles se refiere a la actividad humana, no utilitaria, gratuita, en la que el alma consigue su más alta y específica nobleza. Quien plantea así el ocio, adopta una actitud de generosidad casi revolucionaria, en una sociedad donde difícilmente nadie mueve una «paja de sitio» sin plantearse qué beneficio se saca de ello.

Subjetivamente, la palabra ocio, es sinónimo de ocupación gustosa, querida y, consiguientemente, libremente elegida. La vivencia del ocio, no depende de la actividad en sí misma, ni del tiempo, del nivel económico o de la formación que uno pueda tener. Sin embargo, sí que parece que guarde relación con el sentido que cada uno tenga de la vida. «El ocio es un estado del alma» señala el filósofo alemán J. Pieper. El ocio, es una experiencia de vida orientada hacia lo satisfactorio y no hacia lo útil. De esta forma, el ocio se presenta como la antítesis del negocio.

### Ocio: un arma de doble filo

Señalan las estadísticas que un ciudadano medio, de 70 años, ha dedicado 24 años a dormir, 7,3 a trabajar y 38,7 a educación, alimentación, ocio y varios. Cabe imaginar que ese importante espacio que ocupa el ocio en nuestras vidas, va a verse incrementado en el futuro, con el desarrollo tecnológico y, en consecuencia, con la disminución progresiva del tiempo de trabajo.

Es una buena noticia que nuestra sociedad de bienestar nos regale más tiempo libre (sin necesidad de que nos toque el cupón), pero este nuevo panorama podría volverse contra nosotros si ese inmenso espacio vital no supiésemos en qué utilizarlo, o peor aún, lo empleásemos en actividades destructoras, negativas para nuestra condición de personas. Esta afirmación, no es una profecía, sino una lamentable constatación.

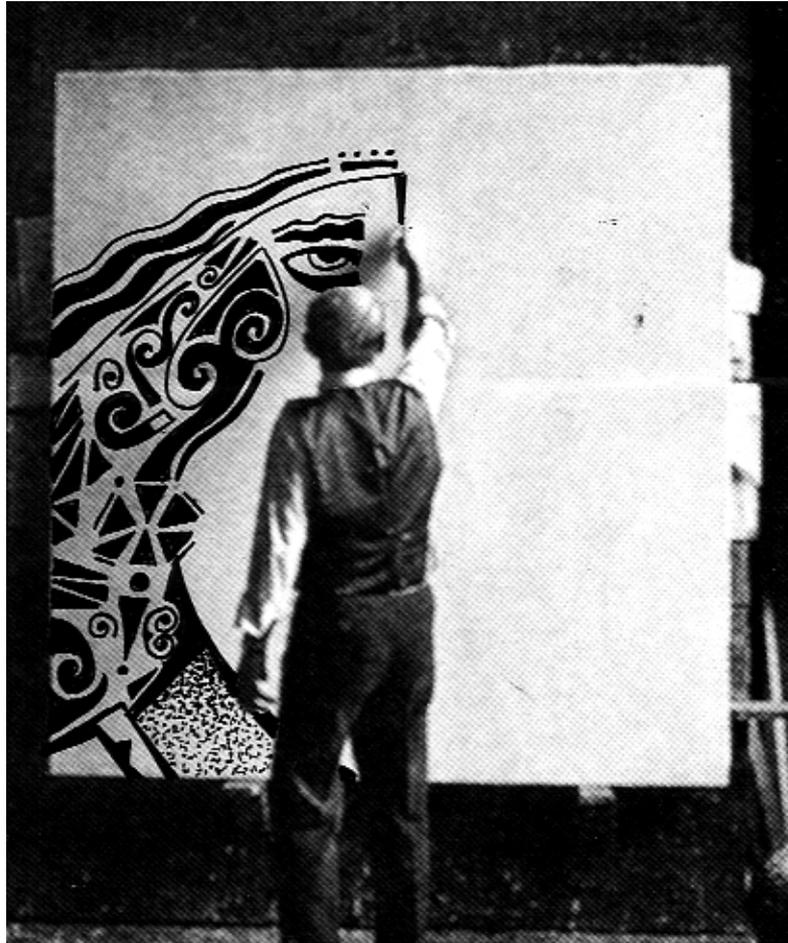
Fácilmente nos vienen a la mente, situaciones y casos de personas que, perdidas en este ejercicio de libertad, articulan su ocio como una continuación de su espacio laboral, una oportunidad de acceder a un plus de ingresos; o quienes al jubilarse, carentes de tradición ociosa, se sumergen en una depresión profunda al perder todo tipo de motivación o iniciativa, o quienes utilizando el tiempo libre como una catarsis de las tensiones de la vida cotidiana, se entregan a un cúmulo de actividades frenéticas de inhibición, evasión, y huida de su frustración cotidiana... y en fin, quien más o quien menos, conocemos situaciones en las que el ocio se identifica con actividades de «no pensar», «no comerse el tarro», para las que el fútbol, el alcohol y la farándula nocturna, se convierten en el nuevo opio del pueblo: pan y toros.

### El ocio, una «actividad» revolucionaria

Esto lo saben quienes dirigen los hilos de nuestra sociedad. ¿Qué sería de ellos con una mayoría de personas conscientes, formadas y comprometidas con su entorno? Pues que se les acababa el chollo. Por eso es imprescindible tele-dirigir el ocio y el tiempo libre de los ciudadanos, hacia el frenesí del consumo, de la ilusión óptica, de la fantasía de vivir, de la autocomplacencia y del miedo a perder tanta suerte alcanzada, pues una sociedad inquieta, insatisfecha, organizada y solidaria... podría llegar a ser una bomba de relojería que estallase con el tiempo.

El ocio es fundamentalmente recreación, es decir, capacidad de crear, de producir algo nuevo. Un ocio que «recrea», que da vida, no puede ser una experiencia superficial sino que ha de estar anclada en la vida interior y en los valores de base de la persona, en su llamada interior, en su vocación.

La vivencia de un ocio capaz de recrear vida en quien lo experimenta, es la experiencia más gratificante que puede vivir el ser humano. Por esencia, un ocio que responde a esta naturaleza, es un ocio compartido, porque las ganas de vivir y la satisfacción que conlleva, implica la apertura al otro y el desarrollo de ámbitos de comunicación que trascienden a uno mismo. El ocio vivido como experiencia de encuentro, es ante todo, un ocio humanista, propio y específico del



ser humano, que tiene su máxima expresión en la fiesta.

Este ocio se aleja del mero «pasatiempo» y va más allá del disfrute, el descanso o la evasión, transformándose en autorrealización, expresión personal y encuentro. El ocio así vivido es capaz de proporcionar desarrollo humano personal y social, pero al mismo tiempo, es la idea de un tiempo nuevo para el que no hemos sido preparados, de una forma de entender la vida que no llega espontáneamente, para la que es imprescindible FORMACIÓN. El conocimiento no es algo ajeno a la vivencia de ocio, al contrario, a mayor conocimiento, más capacidad de comprensión y satisfacción.

El aburrimiento, en contraposición del ocio humanizador, se plantea como la vivencia puntual, sin pasado ni futuro, aparece promovido por la falta de horizontes, de proyectos, de ilusión, presentándose como un espacio destructivo de negación de uno mismo (con frecuencia, un espacio del que quiero huir, como sea... a cualquier precio).

Para que una experiencia pueda ser óptima, constructora de personas, quien la realiza debe percibir que esa experiencia conecta con su ser profundo, con la necesidad vital de ser, y, por tanto, esa persona debe ser consciente de que quiere y debe hacer algo para conseguir lo que le llama desde su interior.

No es fácil tener la «parabólica» de nuestro interés orientada hacia nuestra llamada profunda; no es fácil limpiar de ruidos y adherencias el corazón para que nos permita sentir esa llamada; no es fácil mantener la mirada limpia, ni las manos libres, para no mirar hacia otra parte cuando esa llamada surge y no quedarnos inmóviles, paralizados, deslumbrados ante tantos mensajes que nos dispersan de nuestra vocación. Habrá que estar alerta, no se puede bajar la guardia, porque la respuesta existencial que cada uno debe dar a su vida y para la que estamos llamados, no es una respuesta que se improvisa, sino que es un proceso de descubrimiento paulatino y permanente.

Miguel Ángel Fernández